

DISCURSOS

PRONUNCIADOS EN EL ACTO DE
INVESTIDURA DE DOCTOR *HONORIS CAUSA*
DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

D. MARIO VARELA LLOSA

UNIVERSIDAD DE GRANADA

MMDC

DISCURSOS

PRONUNCIADOS EN EL ACTO DE
INVESTIDURA DE DOCTOR *HONORIS CAUSA*
DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

D. MARIO VARGAS LLOSA

UNIVERSIDAD DE GRANADA
MMIX

DISCURSO DE PRESENTACIÓN PRONUNCIADO POR
EL DOCTOR DON BLAS GIL EXTREMERA
CON MOTIVO DE LA INVESTIDURA DEL DOCTOR
D. MARIO VARGAS LLOSA

© UNIVERSIDAD DE GRANADA
DISCURSOS DEL ACTO DE INVESTIDURA DE DOCTOR
HONORIS CAUSA DE D. MARIO VARGAS LLOSA.
Depósito Legal: GR. 2337-2009
Edita: Secretaría General de la Universidad de Granada
Imprime: Gráficas La Madraza

Printed in Spain

Impreso en España

EXCMO. Y MAGFCO. SR. RECTOR
EXCMAS. E ILMAS. AUTORIDADES
MIEMBROS DE LA COMUNIDAD UNIVERSITARIA
SEÑORAS Y SEÑORES
QUERIDOS AMIGOS
QUERIDO MARIO

Mis primeras palabras han de ser de agradecimiento a cuantas personas y estamentos universitarios han permitido que este momento tenga lugar, conceder la investidura de Grado de Doctor "*Honoris Causa*" por esta Universidad a una personalidad excepcional: Don Mario Vargas Llosa. Agradecimiento a la Comisión de Docencia y Consejo del Departamento de Medicina, que iniciaron este proceso de investidura, a la Junta de Centro de la Facultad de Medicina, Vicerrectorado de Ordenación Académica, Comisión de Doctorado, Consejo de Gobierno, Claustro Universitario, al Rector y equipo de gobierno por todas las facilidades y apoyo que en todo momento han dado a nuestra propuesta que constituye un verdadero hito para la Universidad de Granada, el contar entre sus *doctores Honoris Causa* al recipiendario que motiva este solemne acto.

Mario Vargas Llosa nació el veintiocho de marzo de 1936 en Arequipa, Perú. Cursó cuatro años de Primaria en el colegio La Salle en Cochabamba, Bolivia, donde su abuelo fue cónsul de Perú. En 1946 se trasladó a Piura al norte del país estudiando en el colegio Salesiano el

quinto año; y posteriormente siguió los estudios en Lima donde hizo el sexto de Primaria y dos cursos de Secundaria en el Colegio La Salle. En 1950 ingresó en el Colegio militar Leoncio Prado de Lima para completar dos años más de formación. En 1952 regresó a Piura donde finalizó la etapa preuniversitaria en el Colegio nacional San Miguel para llevar al mismo tiempo una incipiente carrera literaria como columnista en varios periódicos locales. A continuación con diecisiete años ingresó en la Universidad San Marcos de Lima alcanzando la licenciatura de Letras con la tesis que llevó por título: *Bases para una interpretación de Rubén Darío*. El año 1971 obtuvo con la máxima calificación el doctorado por la Universidad Complutense de Madrid.

Desde muy joven Vargas Llosa sintió verdadera pasión por la literatura en una etapa de su vida económicamente difícil que le obligó a desempeñar hasta siete trabajos diferentes para poder salir adelante. Según sus palabras, en esa época “había empezado a leer novelas de manera desvelada y canfbal”. A los dieciséis años apareció su primera obra, un drama en tres actos bajo el título *La huida del Inca* estrenado en el Teatro Variedades de Piura. En 1959 publicó el primer libro *Los jefes*, una colección de cuentos galardonado en España con el premio Leopoldo Alas. En uno de ellos aparece por vez primera el sargento Lituma —leitmotiv presente en su obra—, otro sobre los aldeaños de la traición, el doble duelo, una broma malvada, etc. El denominador común de todos estos relatos consiste en una de las formas de mostrar la dignidad desesperada.

Tras la permanencia de casi siete años en la ciudad del Sena como profesor de español y periodista en la Agencia *France Press* y en la *Radiodifusión-televisión* francesa, regresó en 1964 a Perú. Al año siguiente contrajo matrimonio con Patricia; regresaron a Europa para vivir sucesivamente en París, Londres y Barcelona. Fruto del matrimonio nacieron Alvaro, Gonzalo y Morgana. En 1967 trabajó en Grecia con Julio Cortázar como traductor para la Unesco. Ese mismo año la voz de Vargas Llosa se alzó en defensa de los presos políticos de Perú, en el *Palais de la Mutualité de Paris*, junto a las de Jean Paul Sartre y Simone de Beauvoir, entre otras.

Una honda preocupación social unida a su espíritu liberal y democrático le hicieron en 1987 acceder como líder político del partido Movimiento y Libertad opuesto a la estatalización de la banca que proponía el presidente Alan García. Y, en esta línea de inquietudes políticas en 1990 se presentó como candidato a la Presidencia de la República por el Frente Democrático. Superó holgadamente la primera vuelta de los comicios; y sin embargo, esas extrañas componendas de la política le impidieron alcanzar la presidencia del Perú; afortunadamente, los lectores y las letras, hemos salido ganando. En marzo de 1993 obtuvo la nacionalidad española sin renunciar a la peruana.

Resulta imposible resumir en pocos minutos la deslumbrante biografía y curriculum de Mario Vargas Llosa; por tanto, me limitaré a mencionar solo algunos de los hitos más relevantes. La producción literaria es enorme y variada: novelas, ensayos y obras dramáticas; a vuelapluma me permito señalar: *La ciudad y los perros*, *La fiesta del Chivo*, *El paraíso en la otra esquina*, *La orgía perpetua*, *Flaubert y madame Bovary*, *Conversación en la Catedral*, *La verdad de las mentiras*, *Desafíos a la Libertad*, *Lituma en los Andes*; *El viaje a la ficción*, *Pantaleón y las visitadoras*, espléndida y divertida sátira moral sobre el concepto del deber militar y el fanatismo religioso; *Las travesuras de la niña mala*, *Los cuadernos de don Rigoberto*; y, *Odiseo y Penélope*. Esplendoroso cosmos literario que nos muestra el camino para entender la versátil riqueza del patrimonio humano. La literatura enriquece el lenguaje que no permanece estático sino que evoluciona de forma constante e ininterrumpida, permitiendo que la lengua permanezca viva, crezca y se proyecte a los demás. Las personas desinteresadas por la literatura, no leídas, se valen para expresarse de contadas palabras, mal utilizadas y peor dichas, son los “desaseados del idioma” que emplean la lengua de forma equivocada y “por aproximación”. Es preciso leer a los grandes y Vargas Llosa es fiel paradigma de la literatura a elegir.

De su vasto legado es árduo señalar una obra en detrimento de otra; pero, habida cuenta de la limitación ineludible que el protocolo establece señalaré de forma concisa un relato que desde la primera palabra me impactó sobremanera: *El Paraíso en la otra esquina*.

“Abrió los ojos a las cuatro de la madrugada y pensó: Hoy comienzas a cambiar el mundo, Florita”. Así arranca la arrebatada historia de dos vidas: la de Flora Tristán y la de Paul Gauguin, cautivadora, inquietante y sin lugar a la indiferencia. Desde el inicio el lector queda atrapado en ese cosmos de imágenes, palabras, pasiones, desvelos y ocasos; para, sin tregua atravesar un mundo onírico, deslumbrante y aterrador a veces, plasmado en 485 apasionantes páginas. Dos vidas paralelas: la de Flora Tristán y la de su afamado nieto el pintor Paul Gauguin. Dos vidas inmarcesibles en un mundo de utopías: el siglo XIX. Si para Flora Tristán su trayectoria vital permaneció en tenaz lucha en pro de los derechos de la mujer y de los obreros; la de Paul Gauguin —amigo y luego enfrentado a Van Gogh— representa el abandono de la vida burguesa por el iniciático viaje a Tahití en busca del mundo virginal, exótico, libre de convencionalismos y ataduras occidentales. Dos seres que aparte del vínculo familiar —abuela y nieto— sentían en común, aunque por caminos diferentes, la necesidad de buscar el Paraíso; es decir, el lugar donde la felicidad para los seres humanos sea posible. En esta proclama travesía Vargas Llosa nos conduce a semejanza de cómo las tres Damas llevan a Tamino a los templos de la Naturaleza, La Razón y la Sabiduría en *La Flauta Mágica*. El viaje conduce inexorablemente a la pregunta que se han formulado millones de seres desde que el mundo existe: ¿dónde se encuentra el Paraíso? ¿En la sociedad monocorde, igualitaria y plúmbea, que nos recuerda *El mundo feliz* de Aldous Huxley?, o ¿en el retorno al primitivismo o “edad de oro” donde los humanos vivirían ajenos al sufrimiento y los dolores físicos? Idea sugerente y seductora que el mismo Rousseau la plasmó en la figura literaria del “buen salvaje” y recogida en su *Discurso sobre las ciencias y las artes*. Vargas Llosa culmina este sobrecogedor relato, a manera de poema sinfónico, con la muerte del pintor cuya obra sería pronto disputada por coleccionistas y museos de todo el mundo. El hombre que soñó la utopía de encontrar el Paraíso en la tierra y que resultó más bien el paraíso como pesadilla, recibió el epitafio que para el obispo Hiva Oa merecía su disoluta vida: “Lo único digno de anotarse últimamente en esta isla ha sido la muerte

súbita de un individuo llamado Paul Gauguin, un artista reputado pero enemigo de Dios y de todo lo que es decente en esta tierra”.

Tres largos años le llevó a Vargas Llosa finalizar este imponente mosaico del siglo XIX; un mosaico de amor, pasión, fanatismo, rebeldía y muerte en un siglo que dejaba atrás el simbolismo característico de la centuria anterior. A diferencia del artístico modelo convencional que contraponen a una historia de elevado valor espiritual otra de rango inferior, según la fórmula que se remonta al período Barroco, Vargas Llosa presenta dos personajes, dos historias, dos líneas paralelas que pueden converger pero poseedoras de absoluta identidad y de protagonismo la una y la otra.

De su obra *ensayística* señalo particularmente un triángulo de piezas extraordinarias que he leído una y otra vez. Así como ciertas páginas musicales cuantas más veces se oyen más se aprecian y sirven de gozo; igual ocurre con *La tentación de lo imposible* ese rotundo y definitivo análisis de *Los miserables* la obra de Victor Hugo que forma parte de la tetralogía más grande de la literatura con *El Quijote*, *Guerra y paz*, y, *La comedia humana*. Bajo el título *Victor Hugo, océano*, el autor plantea una sinopsis del gigante francés cuyos personajes Valjean, Gavroche, Jauvert, y otros, dulcificaban su internado en el duro invierno de 1950 en el Colegio Militar Leoncio Prado, de Lima. La lectura de esta obra universal trasladada al joven Mario, según sus propias palabras, a “un universo de flamígeros extremos en la desdicha, en el amor, en el coraje, en la alegría, en la vileza”. Tras la exégesis que este ensayo ofrece no puede uno sino sumergirse en ese mundo irreal, esa maravillosa fantasía de Victor Hugo. “Yo sé que aquel invierno del año 50, con uniforme, garúa y neblina, en lo alto del acantilado de La Perla, gracias a *Los Miserables* la vida fué para mí menos miserable”, dejaba escrito nuestro amigo.

El segundo apunte corresponde a *La orgía perpetua* (*Flaubert y Madame Bovary*) que he leído con delectación en varias ocasiones. Gracias, en gran medida, a Vargas Llosa la minusvaloración y hasta el menosprecio y olvido que en décadas pasadas se han tenido a Gustav Flaubert

(1821-1880) aquel sentimiento se ha transformado en elogio, recuperación y justicia literaria; de tal suerte que la denominada "nueva novela" es altamente deudora de la prosa flaubertiana tan bellamente justipreciada por nuestro autor.

En tercer lugar, una breve alusión también merece *La verdad de las mentiras*, el lúcido viaje sobre el significado de la ficción y el valor y fascinación del placer de la lectura. Bajo un frondoso ramillete ensayístico el autor nos desvela su sentir hacia algunas obras imperecederas del siglo XX, absolutamente imprescindibles en nuestras vidas: *La muerte en Venecia*, *Un mundo feliz*, *La condición humana*, *El poder y la gloria*, *El viejo y el mar*, *El tambor de hojalata* o, *El Gatopardo*, por ejemplo.

El enorme y prolongado éxito de la obra de Vargas Llosa radica, entre otras razones, en el orden riguroso y simétrico de la trama que propone, con un principio y un final, que el lector percibe como algo acabado y redondo; en contraposición a esos relatos (novelados, cinematográficos, sonoros o líricos) indeterminados, a medio hacer, heterodoxos y en ocasiones incomprensibles y pesadísimos. En esa línea, Mario me recuerda al gran cineasta William Wyler el creador de joyas como *La heredera*, y *Los mejores años de nuestra vida*, cuando afirmaba: "Yo tengo una teoría, no aburrir al público, porque aburrirle es equivocarse". El hacerse entender está, sin duda, por encima de la propia estética visual. En similares términos se expresaba Frank Capra: "No hay reglas solo pecados y el mayor de ellos es el aburrimiento".

Vargas Llosa maestro del lenguaje juega con las palabras trazando evocaciones, retratos y provocando tensiones y misterios. El verbo, la palabra, en sus manos se convierte en materia moldeable, sutil y brillante como fina porcelana; aunque, con humildad reconoce "nunca he conseguido entender el proceso del que nace una ficción. Todos los ensayos de literatura que he escrito responden a esta misma curiosidad. Aluden a cómo se gesta. Una imagen de la memoria emotiva, una historia escrita... Me interesan los factores que intervienen en el proceso". Palabras pronunciadas a propósito de su obra *El viaje a la ficción*, que se adentra en el mundo del escritor uruguayo Juan Carlos Onetti.

La ingente producción literaria de nuestro homenajeado ha sido traducida a más de treinta lenguas, por citar sólo algunas: francés, italiano, portugués, inglés, alemán, holandés, polaco, ruso, sueco, árabe, japonés, chino, etc.

Respecto a su actividad docente la ha desarrollado como Profesor Visitante en las principales universidades de todo el mundo: Londres, Cambridge, Columbia, Harvard, Siracusa, Princeton, Georgetown, Puerto Rico, Berlín, Oxford, la Universidad Internacional Menéndez Pelayo y la Universidad Rey Juan Carlos, entre otras muchas. Así mismo, el número de cursos que ha impartido y el de conferencias pronunciadas resultaría interminable el relatar.

Es *doctor Honoris Causa* por 36 universidades; en América, por ejemplo, Harvard, Boston, Miami, Georgetown, Lima, Arequipa, Piura, Dowling; en Europa, Génova, Rennes, Londres, Roma, Lovaina, Oxford, La Sorbona; y, en España: Madrid, La Rioja, Valladolid, Murcia y Málaga.

La trayectoria de Vargas Llosa es, deslumbrante en cuanto a premios y distinciones que superan el centenar; a manera de ejemplo y por solo citar algunos referiré: Premio Nacional de Novela por *La casa verde*; Premio Derechos Humanos; Medalla de Honor del Congreso, otorgada por el Congreso de la República del Perú, en mérito a su carrera literaria; Premio Pablo Iglesias de Literatura por *La guerra del fin del mundo*; Condecoración de la Legión de Honor, concedida por el Gobierno Francés; Premio Príncipe de Asturias de las Letras; Medalla de Oro de la Pan American Society; Premio Planeta; Orden de las Letras en el grado de Comendador, otorgada por el gobierno francés; Premio Miguel de Cervantes del Ministerio de Cultura; Premio Internacional Menéndez Pelayo; Condecoración Orden "El sol del Perú", en el Grado de Gran Cruz con Diamantes, la más alta distinción que otorga el Estado peruano; Premio Nabokov, otorgado por el PEN American Center en reconocimiento a su trayectoria literaria y al conjunto de su obra; y, Medalla del Centenario de Pablo Neruda, concedida por el Gobierno de Chile, entre otros muchos reconocimientos internacionales.

He intentado mostrar algunos de los méritos literarios, artísticos, culturales y de compromiso social del autor de *Lituma en los Andes* verdaderamente excepcionales. Pero hay una faceta de su personalidad, tal vez menos conocida, que considero importante señalar, esta no es otra que su perfil humano. Vargas Llosa, Mario, es un hombre cabal, sincero y honesto; y particularmente simpático. Recuerdo los muchos momentos que he tenido la fortuna de compartir con él en saludable y amena caminata junto al terso mar mediterráneo. La conversación unas veces se inclinaba hacia el cine de los grandes maestros, materia en la que es un experto; otras volaba hacia el festival de Salzburgo, (ambos compartimos la pasión por Mozart y el teatro lírico); que asiste regularmente con Patricia; el arte de Cúchares es también asunto recurrente e interesante; por supuesto lo relacionado con la medicina y los nuevos avances no suele faltar como tema de conversación; y, naturalmente de literatura, ¡literatura! aquello que para Marcel Proust representa “la verdadera vida, la vida por fin esclarecida y descubierta, la única vida por lo tanto plenamente vivida”. He tenido, pues, el repetido gozo, el privilegio de conocer anticipadamente algunos de los proyectos literarios en los que venía trabajando en ese momento; es decir, la obra que solía alcanzar el epílogo a lo largo de la canícula de estival.

En cuanto a su relación con esta Universidad de Granada se remonta a varios años atrás. De su obra literaria han surgido en el departamento de Literatura más de veinte tesis doctorales, la última, sobre la novela *La fiesta del Chivo*. Mantiene contactos frecuentes con distintos miembros de ese departamento, así como con la persona que ahora les habla a la que brindó la impagable deuda de escribir el prólogo de su libro: *Enfermedad, historia y proceso creador*. Por otro lado, nuestro recipiendario y su familia están enamorados de Granada a la que han visitado en numerosas ocasiones y que estoy seguro, lo seguirán haciendo en el futuro.

En resumen, el Sr. Vargas Llosa viene desarrollando con extraordinario talento y lucidez una intensa actividad literaria, cultural, pedagógica, artística y de compromiso en defensa de los valores democráticos

y la libertad de todos los pueblos que le ha merecido la consideración de ser una de las personalidades intelectuales de más peso en el mundo actual. Por ello, en nombre de la institución de la que formo parte y en el mío propio considero un alto honor para la ciudad de Granada y para esta Universidad centenaria el contar desde este momento entre sus Doctores Honoris Causa a tan ilustre personaje y extraordinaria persona: Don Mario Vargas Llosa.

Muchas gracias a todos por su atención.

He dicho

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL DOCTOR
DON MARIO VARGAS LLOSA
CON MOTIVO DE SU INVESTIDURA COMO
DOCTOR *HONORIS CAUSA*

BREVE DISCURSO SOBRE LA CULTURA

EXCELENTÍSIMO Y MAGNÍFICO SEÑOR RECTOR
ILUSTRÍSIMAS AUTORIDADES
SEÑORES MIEMBROS DE LA COMUNIDAD UNIVERSITARIA
SEÑORAS Y SEÑORES
QUERIDOS AMIGOS

Me siento muy agradecido a la Universidad de Granada por honorarme concediéndome este doctorado honoris causa, y, muy especialmente, a mi querido amigo D. Blas Gil Extremuera, quien, creo, ha sido el instigador principal de esta conspiración fraterna de la que soy beneficiario. Sé muy bien que ser incorporado, de manera simbólica, al claustro de profesores de esta institución es tanto un reconocimiento como un mandato de rigor y honestidad. Ni qué decir qué haré cuanto esté a mi alcance para no defraudarlos.

A lo largo de la historia, la noción de cultura ha tenido distintos significados y matices. Durante muchos siglos fue un concepto inseparable de la religión y del conocimiento teológico, en Grecia estuvo marcado por la filosofía y en Roma por el Derecho, en tanto que en el Renacimiento lo impregnaban sobre todo la literatura y las artes. En épocas más recientes como la Ilustración fueron la ciencia y los grandes

descubrimientos científicos los que dieron el sesgo principal a la idea de cultura. Pero, a pesar de esas variantes y hasta nuestra época, cultura siempre significó una suma de factores y disciplinas que, según un amplio consenso social, la constituían y ella implicaba: la reivindicación de un patrimonio de ideas, valores y obras de arte, de unos conocimientos históricos, religiosos, filosóficos y científicos en constante evolución y el fomento de la exploración de nuevas formas artísticas y literarias y de la investigación en todos los campos del saber.

La cultura estableció siempre unos rangos sociales entre quienes la cultivaban, la enriquecían con aportes diversos, la hacían progresar y quienes se desentendían de ella, la despreciaban o ignoraban, o eran excluidas de ella por razones sociales y económicas. En todas las épocas históricas, hasta la nuestra, en una sociedad había personas cultas e incultas, y, entre ambos extremos, personas más o menos cultas o más o menos incultas, y esta clasificación resultaba bastante clara para el mundo entero porque para todos regía un mismo sistema de valores, criterios culturales y maneras de pensar, juzgar y comportarse.

En nuestro tiempo todo aquello ha cambiado. La noción de cultura se extendió tanto que, aunque nadie se atrevería a reconocerlo de manera explícita, se ha esfumado. Se volvió un fantasma inaprensible, multitudinario y traslativo. Porque ya nadie es culto si todos creen serlo o si el contenido de lo que llamamos cultura ha sido depravado de tal modo que todos puedan justificadamente creer que lo son.

La más remota señal de este proceso de progresivo empastelamiento y confusión de lo que representa una cultura la dieron los antropólogos, inspirados, con la mejor buena fe del mundo, en una voluntad de respeto y comprensión de las sociedades más primitivas que estudiaban. Ellos establecieron que cultura era la suma de creencias, conocimientos, lenguajes, costumbres, atuendos, usos, sistemas de parentesco y, en resumen, todo aquello que un pueblo dice, hace, teme o adora. Esta definición no se limitaba a establecer un método para explorar la especificidad de un conglomerado humano en relación con los demás. Quería también, de entrada, abjurar del etnocentrismo prejuicioso y

racista del que Occidente nunca se ha cansado de acusarse. El propósito no podía ser más generoso, pero, ya sabemos, por el famoso dicho, que el infierno está empedrado de buenas intenciones. Porque una cosa es creer que todas las culturas merecen consideración ya que, sin duda, en todas hay aportes positivos a la civilización humana, y otra, muy distinta, creer que todas ellas, por el mero hecho de existir, se equivalen. Y es esto último lo que asombrosamente ha llegado a ocurrir en razón de un prejuicio monumental suscitado por el deseo bienhechor de abolir de una vez y para siempre todos los prejuicios en materia de cultura. La corrección política ha terminado por convencernos de que es arrogante, dogmático, colonialista y hasta racista hablar de culturas superiores e inferiores y hasta de culturas modernas y primitivas. Según esta arcangélica concepción, todas las culturas, a su modo y en su circunstancia, son iguales, expresiones equivalentes de la maravillosa diversidad humana.

Si etnólogos y antropólogos establecieron esta igualdad horizontal de las culturas, diluyendo hasta la invisibilidad la acepción clásica del vocablo, los sociólogos por su parte —o, mejor dicho, los sociólogos empeñados en hacer crítica literaria— han llevado a cabo una revolución semántica parecida, incorporando a la idea de cultura, como parte integral de ella, a la incultura, disfrazada con el nombre de cultura popular, una forma de cultura menos refinada, artificiosa y pretenciosa que la otra, pero mucho más libre, genuina, crítica, representativa y audaz. Diré inmediatamente que en este proceso de socavamiento de la idea tradicional de cultura han surgido libros tan sugestivos y brillantes como el que Mijail Bajtín dedicó a *“La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento. El contexto de François Rabelais”* en el que contrasta, con sutiles razonamientos y sabrosos ejemplos, lo que llama “cultura popular”, que, según el crítico ruso, es una suerte de contrapunto a la cultura oficial y aristocrática, la que se conserva y brota en los salones, palacios, conventos y bibliotecas, en tanto que la popular nace y vive en la calle, la taberna, la fiesta, el carnaval y en la que aquella es satirizada con réplicas que, por ejemplo, desnudan y exageran lo que la cultura

oficial oculta y censura como el “abajo humano”, es decir, el sexo, las funciones excrementales, la grosería y oponen el rijo “mal gusto” al supuesto “buen gusto” de las clases dominantes.

No hay que confundir la clasificación hecha por Bajtín y otros críticos literarios de estirpe sociológica —cultura oficial y cultura popular— con aquella división que desde hace mucho existe en el mundo anglosajón, entre la “high brow culture” y la “low brow culture”: la cultura de la ceja levantada y la de la ceja alicaída. Pues en este último caso estamos siempre dentro de la acepción clásica de la cultura y lo que distingue a una de otra es el grado de facilidad o dificultad que ofrece al lector, oyente, espectador y simple cultor el hecho cultural. Un poeta como T. S. Eliot y un novelista como James Joyce pertenecen a la cultura de la ceja levantada en tanto que los cuentos y novelas de Ernest Hemingway o los poemas de Walt Whitman a la de la ceja alicaída pues resultan accesibles a los lectores comunes y corrientes. En ambos casos estamos siempre dentro del dominio de la literatura a secas, sin adjetivos. Bajtín y sus seguidores (conscientes o inconscientes) hicieron algo mucho más radical: abolieron las fronteras entre cultura e incultura y dieron a lo inculto una dignidad relevante, asegurando que lo que podía haber en este discriminado ámbito de impericia, chabacanería y dejadez estaba compensado largamente por su vitalidad, humorismo, y la manera desenfadada y auténtica con que representaba las experiencias humanas más compartidas.

De este modo han ido desapareciendo de nuestro vocabulario, ahuyentados por el miedo a incurrir en la incorrección política, los límites que mantenían separadas a la cultura de la incultura, a los seres cultos de los incultos. Hoy ya nadie es inculto o, mejor dicho, todos somos cultos. Basta abrir un periódico o una revista para encontrar, en los artículos de comentaristas y gacetilleros, innumerables referencias a la miríada de manifestaciones de esa cultura universal de la que somos todos poseedores, como por ejemplo “la cultura de la pedofilia”, “la cultura de la marihuana”, “la cultura punqui”, “la cultura de la estética nazi” y cosas por el estilo. Ahora todos somos cultos de alguna manera,

aunque no hayamos leído nunca un libro, ni visitado una exposición de pintura, escuchado un concierto, ni aprendido algunas nociones básicas de los conocimientos humanísticos, científicos y tecnológicos del mundo en que vivimos.

Queríamos acabar con las élites, que nos repugnaban moralmente por el retintín privilegiado, despectivo y discriminatorio con que su solo nombre resonaba ante nuestros ideales igualitaristas y, a lo largo del tiempo, desde distintas trincheras, fuimos impugnando y deshaciendo a ese cuerpo exclusivo de pedantes que se creían superiores y se jactaban de monopolizar el saber, los valores morales, la elegancia espiritual y el buen gusto. Pero lo que hemos conseguido es una victoria pírrica, un remedio que resultó peor que la enfermedad: vivir en la confusión de un mundo en el que, paradójicamente, como ya no hay manera de saber qué cosa es cultura, todo lo es y ya nada lo es.

Sin embargo, se me objetará, nunca en la historia ha habido un cúmulo tan grande de descubrimientos científicos, realizaciones tecnológicas, ni se han editado tantos libros, abierto tantos museos ni pagado precios tan vertiginosos por las obras de artistas antiguos y modernos. ¿Cómo se puede hablar de un mundo sin cultura en una época en que las naves espaciales construidas por el hombre han llegado a las estrellas y el porcentaje de analfabetos es el más bajo de todo el acontecer humano? Sí, todo ese progreso es cierto, pero no es obra de mujeres y hombres cultos sino de especialistas. Y entre la cultura y la especialización hay tanta distancia como entre el hombre de Cro-Magnon y los sibaritas neurasténicos de Marcel Proust. De otro lado, aunque haya hoy muchos más alfabetizados que en el pasado, este es un asunto cuantitativo y la cultura no tiene mucho que ver con la cantidad, sólo con la cualidad. Es decir, hablamos de cosas distintas. A la extraordinaria especialización a que han llegado las ciencias se debe, sin la menor duda, que hayamos conseguido reunir en el mundo de hoy un arsenal de armas de destrucción masiva con el que podríamos desaparecer varias veces el planeta en que vivimos y contaminar de muerte los espacios adyacentes. Se trata de una hazaña científica y tecnológica, sin lugar

a dudas y, al mismo tiempo, una manifestación flagrante de barbarie, es decir, un hecho eminentemente anticultural si la cultura es, como creía T. S. Eliot, “todo aquello que hace de la vida algo digno de ser vivido”.

La cultura es —o era, cuando existía— un denominador común, algo que mantenía viva la comunicación entre gentes muy diversas a las que el avance de los conocimientos obligaba a especializarse, es decir, a irse distanciando e incomunicando entre sí. Era, así mismo, una brújula, una guía que permitía a los seres humanos orientarse en la espesa maraña de los conocimientos sin perder la dirección y teniendo más o menos claro, en su incesante trayectoria, las prelacións, lo que es importante de lo que no lo es, el camino principal y las desviaciones inútiles. Nadie puede saber todo de todo —ni antes ni ahora aquello fue posible—, pero al hombre culto la cultura le servía por lo menos para establecer jerarquías y preferencias en el campo del saber y de los valores estéticos. En la era de la especialización y el derrumbe de la cultura las jerarquías han desaparecido en una amorfa mezcolanza en la que, según el embrollo que iguala a las innumerables formas de vida bautizadas como culturas, todas las ciencias y las técnicas se justifican y equivalen, y no hay modo alguno de discernir con un mínimo de objetividad qué es bello en el arte y qué no lo es. Incluso hablar de este modo resulta ya obsoleto pues la noción misma de belleza está tan desacreditada como la clásica idea de cultura.

El especialista ve y va lejos en su dominio particular pero no sabe lo que ocurre a sus costados y no se distrae en averiguar los estropicios que podría causar con sus logros en otros ámbitos de la existencia, ajenos al suyo. Ese ser unidimensional, como lo llamó Marcuse, puede ser, a la vez, un gran especialista y un inculto porque sus conocimientos, en vez de conectarlo con los demás, lo aíslan en una especialidad que es apenas una diminuta celda del vasto dominio del saber. La especialización, que existió desde los albores de la civilización, fue aumentando con el avance de los conocimientos, y lo que mantenía la comunicación social, esos denominadores comunes que son los pegamentos de la urdimbre social, eran las élites, las minorías cultas, que además de tender puentes

e intercambios entre las diferentes provincias del saber —las ciencias, las letras, las artes y las técnicas— ejercían una influencia, religiosa o laica, pero siempre cargada de contenido moral, de modo que aquel progreso intelectual y artístico no se apartara demasiado de una cierta finalidad humana, es decir que, a la vez que garantizara mejores oportunidades y condiciones materiales de vida, significara un enriquecimiento moral para la sociedad, con la disminución de la violencia, de la injusticia, la explotación, el hambre, la enfermedad y la ignorancia.

En su célebre ensayo, “Notas para la definición de la cultura”, T. S. Eliot sostuvo que no debe identificarse a ésta con el conocimiento —parecía estar hablando para nuestra época más que para la suya porque hace medio siglo el problema no tenía la gravedad que ahora— porque cultura es algo que antecede y sostiene al conocimiento, una actitud espiritual y una cierta sensibilidad que lo orienta y le imprime una funcionalidad precisa, algo así como un designio moral. Como creyente, Eliot encontraba en los valores de la religión cristiana aquel asidero del saber y la conducta humana que llamaba la cultura. Pero no creo que la fe religiosa sea el único sustento posible para que el conocimiento no se vuelva errático y autodestructivo como el que multiplica los polvorines atómicos o contamina de venenos el aire, el suelo y las aguas que nos permiten vivir. Una moral y una filosofía laicas cumplieron, desde los siglos dieciocho y diecinueve, esta función para un amplio sector del mundo occidental. Aunque, es cierto que, para un número tanto o más grande de los seres humanos, resulta evidente que la trascendencia es una necesidad o urgencia vital de la que no pueden desprenderse sin caer en la anomia o la desesperación.

Jerarquías en el amplio espectro de los saberes que forman el conocimiento, una moral todo lo comprensiva que requiere la libertad y que permita expresarse a la gran diversidad de lo humano pero firme en su rechazo de todo lo que envilece y degrada la noción básica de humanidad y amenaza la supervivencia de la especie, una élite conformada no por la razón de nacimiento ni el poder económico o político sino por el esfuerzo, el talento y la obra realizada y con autoridad moral para

establecer, no de manera rígida sino flexible y renovable, un orden de prelación e importancia de los valores tanto en el espacio propio de las artes como en las ciencias y técnicas: eso fue la cultura en las circunstancias y sociedades más cultas que ha conocido la historia y lo que debería volver a ser si no queremos progresar sin rumbo, a ciegas, como autómatas, hacia nuestra propia desintegración. Sólo de este modo la vida iría siendo cada día más vivible para el mayor número en pos del siempre inalcanzable anhelo de un mundo feliz.

Sería equivocado atribuir en este proceso funciones idénticas a las ciencias y a las letras y a las artes. Precisamente por haber olvidado distinguir las ha surgido la confusión que prevalece en nuestro tiempo en el campo de la cultura. Las ciencias progresan, como las técnicas, aniquilando lo viejo, anticuado y obsoleto, para ellas el pasado es un cementerio, un mundo de cosas muertas y superadas por los nuevos descubrimientos e invenciones. Las letras y las artes se renuevan pero no progresan, ellas no aniquilan su pasado, construyen sobre él, se alimentan de él y a la vez lo alimentan, de modo que a pesar de ser tan distintos y distantes un Velásquez está tan vivo como Picasso y Cervantes sigue siendo tan actual como Borges o Faulkner.

Las ideas de especialización y progreso, inseparable de la ciencia, son írritas a las letras y a las artes, lo que no quiere decir, desde luego, que la literatura, la pintura y la música no cambien y evolucionen. Pero no se puede decir de ellas, como de la química y la alquimia, que aquella abole a ésta y la supera. La obra literaria y artística que alcanza cierto grado de excelencia no muere con el paso del tiempo: sigue viviendo y enriqueciendo a las nuevas generaciones y evolucionando con éstas. Por eso, las letras y las artes constituyeron hasta ahora el denominador común de la cultura, el espacio en el que era posible la comunicación entre seres humanos pese a la diferencia de lenguas, tradiciones, creencias y épocas, pues quienes se emocionan con Shakespeare, se ríen con Molière y se deslumbran con Rembrandt y Mozart se acercan a y dialogan con quienes en el tiempo que aquellos escribieron, pintaron o compusieron, los leyeron, oyeron y admiraron.

Ese espacio común, que nunca se especializó, que ha estado siempre al alcance de todos, ha experimentado períodos de extrema complejidad, abstracción y hermetismo, lo que constrañía la comprensión de ciertas obras a una élite. Pero esas obras experimentales o de vanguardia, si de veras expresaban zonas inéditas de la realidad humana y creaban formas de belleza perdurable, terminaban siempre por educar a sus lectores, espectadores y oyentes integrándose de este modo al espacio común de la cultura. Ésta puede y debe ser, también, experimento, desde luego, a condición de que las nuevas técnicas y formas que introduzca la obra así concebida amplíen el horizonte de la experiencia de la vida, revelando sus secretos más ocultos, o exponiéndonos a valores estéticos inéditos que revolucionan nuestra sensibilidad y nos dan una visión más sutil y novedosa de ese abismo sin fondo que es la condición humana.

La cultura puede ser experimento y reflexión, pensamiento y sueño, pasión y poesía y una revisión crítica constante y profunda de todas las certidumbres, convicciones, teorías y creencias. Pero ella no puede apartarse de la vida real, de la vida verdadera, de la vida vivida, que no es nunca la de los lugares comunes, la del artificio, el sofisma y la frivolidad, sin riesgo de desintegrarse. Puedo parecer pesimista, pero mi impresión es que, con una irresponsabilidad tan grande como nuestra irreprimible vocación por el juego y la diversión, hemos hecho de la cultura uno de esos vistosos pero frágiles castillos construidos sobre la arena que se deshacen al primer golpe de viento.

Granada, junio de 2009